

www.puntodelectura.com

TATIANA DE ROSNAY

La llave de Sarah

punto de lectura



Tatiana de Rosnay nació en París y tiene raíces inglesas, francesas y rusas. Criada en un entorno multicultural, vivió en Estados Unidos durante su infancia y se licenció en la University of East Anglia (Norwich, Inglaterra). Es autora de nueve novelas y de diversos guiones. También escribe en la revista *Elle* y es crítica literaria de *Psychologies*. *La llave de Sarah* es la primera novela que ha escrito en inglés, su lengua materna. Actualmente vive en París, está casada y tiene dos hijos.

<http://mapage.noos.fr/tatianaderosnay>

Blog de *La llave de Sarah*:

<http://ellesappelaitSarah.over-blog.com>

TATIANA DE ROSNAY

La llave de Sarah

Traducción de José Miguel Pallarés

Título: La llave de Sarah

Título original: *Elle s'appelait Sarah*

© 2007, Tatiana de Rosnay

© De la traducción: José Miguel Pallarés

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: octubre 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2155-6

Depósito legal: B-38.334-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Cubierta: Elsa Suárez

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A mi madre, Stella.

A mi preciosa y rebelde Charlotte.

En recuerdo de mi abuela Natacha (1914-2005).

Prólogo

Los personajes de esta novela son ficticios, pero algunos de los acontecimientos descritos no lo son, en especial los ocurridos durante la ocupación francesa en el verano de 1942, y en particular la gran redada del «Vélodrome d'Hiver»*, que acaeció el 16 de julio de 1942 en el corazón de París.

Ésta no es una obra histórica ni alberga pretensión alguna de serlo. Se trata de mi homenaje a los niños del «Vel' d'Hiv'», tanto a los que nunca regresaron como a los que sobrevivieron para contarlo.

T. de R.

* Velódromo de Invierno. [N. del T.]

Nota bene

Las páginas 256 y 257 contienen fragmentos del discurso que pronunció el primer ministro Jean-Pierre Raffarin el 21 de julio de 2002 durante la sexagésima conmemoración de la redada del Vel' d'Hiv'.

¡Dios mío! ¿Qué me está haciendo este país?
Como me ha rechazado, considerémoslo con frialdad,
vamos a contemplar cómo pierde el honor y la vida.

IRÈNE NÉMIROVSKY, *Suite francesa*, 1942

Tigre, tigre, de brillo ardiente
por los bosques de la noche,
¿qué mano, qué ojo inmortal
pudo crear tu terrible simetría?

WILLIAM BLAKE,
Canciones de experiencia, 1794

París, julio de 1942

La niña fue la primera en oír cómo aporreaban la puerta, ya que su habitación era la más cercana a la entrada del apartamento. Al principio, adormilada, pensó que era su padre, que subía desde su escondrijo en la bodega. Seguramente había olvidado las llaves, y se estaba impacientando al comprobar que nadie oía los primeros golpes, más suaves; pero después escuchó unas voces que en el silencio de la noche sonaban ásperas y brutales. No se parecían en nada a la de su padre.

—¡Policía! ¡Abran inmediatamente!

Los golpes volvieron a oírse con más fuerza, y le resonaron hasta la médula de los huesos. Su hermano pequeño, que dormía en la cama de al lado, se removió en sueños.

—¡Policía! ¡Abran! ¡Abran la puerta!

¿Qué hora sería? Se asomó a través de las cortinas. Fuera todavía estaba oscuro.

Tenía miedo. Recordó las conversaciones quedas que había escuchado últimamente, bien entrada la noche, cuando sus padres ya la creían dormida. Se acercaba con sigilo hasta la puerta de la sala de estar, y a través de una pequeña ranura escuchaba la voz nerviosa de su padre y observaba el gesto preocupado de

su madre. Usaban su lengua materna; la chica la entendía, aunque no la hablaba con tanta fluidez como ellos. En susurros, su padre decía que les aguardaban tiempos difíciles, y que debían ser valientes y cautelosos. Pronunciaba palabras extrañas, desconocidas para ella: «campos», «redada, una gran redada», «arrestos al amanecer». La niña se preguntaba qué significaba todo aquello. Su padre había murmurado que sólo los hombres estaban en peligro, no las mujeres ni los niños, y que iba a esconderse en la bodega por las noches.

A la mañana siguiente su progenitor le había explicado que era mejor que él durmiera abajo durante una temporada, hasta que «la cosa estuviera segura». La chica se preguntó qué era exactamente esa «cosa», y a qué se refería con «segura». ¿Cuándo volvería a ser «segura» la cosa? También quería saber a qué se refería él con «campos» y «redada», pero le daba miedo reconocer que había espiado sus conversaciones, y que además lo había hecho varias veces, así que no se atrevió a preguntar.

—¡Abran! ¡Policía!

Se preguntó si habrían encontrado a su padre en la bodega. ¿Era por eso por lo que estaban allí? ¿Había venido la policía para llevárselo a esos lugares que había mencionado en aquellas conversaciones nocturnas en voz baja, a esos «campos» lejanos, fuera de la ciudad?

La chica corrió de puntillas hasta el final del pasillo y entró en la habitación de la madre, que se despertó en cuanto sintió su mano en el hombro.

—Es la policía, mamá —susurró la niña—. Están llamando a la puerta.

Ésta sacó las piernas de debajo las sábanas y se apartó el pelo de los ojos. La niña pensó que parecía cansada y mayor, mucho mayor de sus treinta años.

—¿Han venido a llevarse a papá? —gimoteó la niña, agarrándola de los brazos—. ¿Han venido a por él?

La madre no respondió. Las voces volvieron a oírse en el vestíbulo. La madre se echó una bata sobre el camión, agarró a la niña de la mano y fue hacia la puerta. Su palma estaba caliente y sudorosa; como la de un crío, pensó la chica.

—¿Sí? —dijo la madre con voz apagada, sin abrir el cerrajo.

Una voz masculina ladró su nombre.

—Sí, monsieur, soy yo —respondió ella. Su acento sonó fuerte, casi áspero.

—Abra ahora mismo. Policía.

La madre se llevó la mano a la garganta y la niña advirtió su extrema palidez. Parecía exangüe, helada, como si ya no pudiera moverse. Nunca había visto tanto pavor en el rostro de su madre. La niña sintió cómo la angustia le secaba la boca.

Los hombres aporrearon la puerta una vez más. La madre abrió con dedos torpes y temblorosos. La niña hizo una mueca, esperando ver uniformes de color caqui.

Había dos hombres. Uno era policía, con capote azul oscuro hasta la rodilla y una gorra alta y redonda. El otro llevaba una gabardina beis y traía una lista en la mano. Volvió a pronunciar el nombre de la mujer, y también el del padre. Hablaba en perfecto francés. Entonces estamos a salvo, pensó la niña. Si son franceses, y no alemanes, no corremos peligro. Si son franceses, no pueden hacernos daño.

La madre apretó contra ella a su hija, que pudo sentir a través de la bata los latidos de su corazón. Quería apartarla de un empujón, quería que se mostrara firme y mirase a aquellos hombres con coraje, que no se acobardase, que su corazón dejase

de palpar como el de un animalillo asustado. Quería que su madre fuese valiente.

—Mi marido... no está aquí —balbuceó la madre—. No sé dónde está. No tengo ni idea.

El hombre del gabán beis la echó a un lado y pasó al apartamento.

—Dese prisa, madame. Tiene diez minutos. Coja ropa para un par de días.

La madre, sin moverse, se quedó mirando al policía. Éste seguía en el descansillo, dando la espalda a la puerta. Parecía indiferente, aburrido. La mujer puso la mano en la manga azul.

—Monsieur, por favor... —empezó a decir.

El policía se volvió, apartándole la mano. Sus ojos tenían una expresión dura, vacía.

—Ya lo ha oído. Usted se viene con nosotros. Y su hija también. Haga lo que le hemos dicho.

París, mayo de 2002

Bertrand llegaba tarde, como de costumbre. Intenté fingir que no me importaba, pero no lo conseguí. Zoë estaba repantingada contra la pared, aburrida. Se parecía tanto a su padre que a veces me hacía sonreír. Pero aquel día no. Contemplé aquel edificio alto y antiguo. Era el piso de Mamé, el viejo apartamento de la abuela de Bertrand. Íbamos a vivir en él; a dejar el bulevar de Montparnasse, su tráfico ruidoso, las incesantes sirenas de las ambulancias que acudían a los tres hospitales cercanos; a cambiar sus cafés y restaurantes por esta calle estrecha y tranquila de la margen derecha del Sena.

El Marais no era el tipo de *arrondissement** al que yo estaba acostumbrada, aunque admiraba su belleza antigua, a punto de desmoronarse. ¿Era feliz con aquella mudanza? No estaba segura. La verdad es que Bertrand no me había pedido la opinión. No habíamos hablado mucho de ello, de hecho. Tan impulsivo como siempre, había seguido adelante con la idea, sin contar conmigo.

* Distrito. [N. del T.]

—Ahí está —anunció Zoë—. Sólo llega media hora tarde.

Observamos a Bertrand pasear calle arriba con aquel contoneo tan peculiar y sensual. Delgado, moreno, y exudando atractivo sexual, era el prototipo de francés. Iba hablando por teléfono, como siempre. Su socio, Antoine, con su barba y su rostro rosado, le pisaba los talones. Sus oficinas estaban en la calle de l'Arcade, detrás de la Madeleine*. Antes de que nos casáramos, Bertrand había trabajado mucho tiempo con una firma de arquitectos, pero hace cinco años se estableció por su cuenta con Antoine.

Bertrand nos saludó con la mano; luego, señaló al teléfono, bajó las cejas y frunció el ceño.

—Como si no fuera capaz de colgar a la persona con la que está hablando —se burló Zoë—. No te digo.

Zoë sólo tenía once años, pero a veces parecía ya una adolescente. En primer lugar por su altura, que empujaba a todas sus amigas, además de sus pies, como ella misma solía añadir en tono resentido, y también por una lucidez precoz que a menudo me dejaba atónita. Había algo adulto en la mirada solemne de sus ojos color avellana, en el modo pensativo en que levantaba la barbilla. Siempre había sido así, desde muy pequeña. Serena y madura; a veces demasiado madura para su edad.

Antoine se acercó a saludarnos mientras Bertrand seguía hablando, lo bastante alto como para que pudiera oírle toda la calle, gesticulando con las manos, haciendo muecas y girándose de vez en cuando hacia nosotras para asegurarse de que no nos perdíamos una sola palabra.

* Iglesia de la Madeleine, cercana a la plaza de la Concordia. [N. del T.]

—Es un problema con otro arquitecto —explicó Antoine con una sonrisa de discreción.

—¿De la competencia? —preguntó Zoë.

—Sí —contestó Antoine.

Zoë suspiró.

—Eso significa que nos podemos tirar aquí todo el día.

Se me ocurrió una idea.

—Antoine, ¿no tendrás, por casualidad, la llave del apartamento de *madame* Tézac?

—Pues sí, Julia —repuso él, sonriente. Antoine siempre me respondía en inglés. Supongo que lo hacía por ser amable, pero en el fondo me molestaba. Me hacía sentir como si, después de vivir aquí tantos años, mi francés aún no fuera lo bastante bueno.

Antoine nos enseñó la llave con gesto teatral. Decidimos subir los tres. Zoë marcó el código en la puerta con dedos ágiles. Cruzamos el patio sembrado de hojas y nos dirigimos hacia el ascensor.

—Odio ese ascensor —refunfuñó Zoë—. Papá debería hacer algo al respecto.

—Cariño, sólo está reformando el piso de tu bisabuela —señalé—, no el edificio entero.

—Pues debería —replicó ella.

Mientras esperábamos el ascensor, en mi móvil sonó el tema de Darth Vader. Miré el número que aparecía en la pantalla. Era Joshua, mi jefe.

—¿Sí? —contesté.

Joshua fue al grano, como siempre.

—Te necesito de vuelta a las tres. Hay que cerrar los asuntos de julio. Cambio y corto.

—Genial —repuse con descaro.

Antes de que colgara, oí una carcajada al otro lado del teléfono. A Joshua le encantaba que yo dijera «genial». Tal vez le recordaba su juventud. En cuanto a Antoine, parecía divertirse con mis americanismos pasados de moda. Le imaginé memorizándolos para luego practicarlos con su acento francés.

El ascensor era uno de esos inimitables armatostes parisinos con una cabina diminuta, una reja de hierro que había que abrir a mano y una puerta doble de madera que, invariablemente, se te cerraba en las narices. Según subíamos, achuchada entre Zoë y Antoine (se le había ido la mano con su colonia Vétiver), vislumbré mi cara en el espejo. Parecía tan deteriorada como aquel ascensor quejumbroso. ¿Qué había sido de la lozana beldad que vino de Boston? La mujer que me miraba se hallaba en esa temible edad entre los cuarenta y cinco y los cincuenta, en esa tierra de nadie donde acechan las arrugas y la sigilosa inminencia de la menopausia.

—Yo también odio este ascensor —dije con tono sombrío.

Zoë sonrió y me pellizcó la mejilla.

—Mamá, en este espejo parecería horrorosa hasta Gwyneth Paltrow.

Tuve que reírme. Así eran los comentarios de Zoë.

La madre empezó a sollozar, al principio en silencio; luego, más fuerte. La chica la miró, impresionada. En sus diez años de vida jamás había visto llorar a su madre. Asustada, vio cómo las lágrimas caían por aquel rostro pálido y arrugado. Quería decirle que dejara de llorar; le daba vergüenza verla moquear delante de aquellos desconocidos. Pero ellos, sin prestar atención a las lágrimas de su madre, le dijeron que se diera prisa. No había tiempo que perder.

El niño seguía durmiendo en la alcoba.

—Pero ¿adónde nos llevan? —inquirió su madre en tono implorante—. Mi hija es francesa, nació en París. ¿Por qué la quieren a ella también? ¿Adónde nos llevan?

Los hombres ya no dijeron nada más y se limitaron a mirarla, enormes y amenazantes. Su progenitora tenía los ojos desorbitados de terror. Se fue a su habitación y se hundió en la cama. Unos segundos después, enderezó la espalda y se giró hacia la niña. Su voz era un susurro; su rostro, una máscara inexpresiva.

—Despierta a tu hermano. Vestíos los dos. Coge algo de ropa, para él y para ti. Rápido. ¡Date prisa!

Su hermano enmudeció de terror al asomarse a hurtadillas por la puerta y ver a los dos hombres. Miró a su madre,

despeinada, que intentaba hacer el equipaje entre sollozos. El crío hizo acopio de todas las fuerzas que había en su cuerpo de cuatro años y se negó a moverse. La niña trató de convencerle por las buenas, pero él no hizo caso y se quedó allí de pie, con los bracitos cruzados sobre el pecho.

La chica se quitó el camisón y eligió una blusa de algodón y una falda. Después se puso los zapatos. Su hermano la observaba, mientras oían los sollozos de su madre desde su habitación.

—Voy a nuestro escondite secreto —susurró el niño.

—¡No! —le dijo su hermana—. Tú te vienes con nosotras.

Ella le agarró, pero el niño se zafó de ella y escapó hasta el armario empotrado en la pared del dormitorio. Allí era donde jugaban al escondite. Se metían dentro y se encerraban con llave, y era como si tuvieran su propia casita. Su madre y su padre lo sabían, pero fingían ignorarlo. Les llamaban a gritos, con voz divertida. «Pero ¿dónde se habrán metido estos chicos? ¡Qué raro, si estaban aquí hace un minuto!». Y ella y su hermano se tronchaban de risa.

Allí dentro tenían una linterna, unos cojines, juguetes y libros, e incluso una botella de agua que su madre rellenaba todos los días. Su hermano aún no sabía leer, así que la chica le leía en voz alta Un Bon Petit Diable. Al niño le encantaba la historia del huérfano Charles y la terrorífica madame Mac' Miche, y la forma en que Charles conseguía vengarse de todas sus maldades. Su hermana se lo leía una y otra vez.

La chica vislumbró en la oscuridad el rostro de su hermano, que la miraba. Tenía abrazado su osito de peluche favorito y ya no parecía asustado. Tal vez allí estaría a salvo, después de todo. Tenía agua y una linterna, y podía mirar los dibujos del libro de la Condesa de Ségur. Su favorito era el que mostraba la magnífica venganza de Charles. Quizás era mejor que le

dejara allí de momento. Aquellos hombres nunca le encontrarían. Luego, cuando les permitieran regresar a casa, volvería a por él. Además, si su padre, que seguía en la bodega, subía, sabría dónde estaba escondido el niño.

—¿Tienes miedo ahí dentro? —le preguntó en voz baja mientras los hombres las llamaban a su madre y a ella.

—No —contestó—. No tengo miedo. Echa la llave. Así no me cogerán.

Ocultó la carita blanca de su hermano al entornar la hoja de la puerta. Introdujo la llave en la cerradura y giró la llave. Después se la guardó en el bolsillo. Un artefacto con apariencia de interruptor de la luz ocultaba el cierre. Era imposible distinguir el contorno del armario del revestimiento de la pared. Sí, allí estaría a salvo. Estaba segura.

La chica murmuró el nombre de su hermano y puso la palma de la mano sobre el panel de madera.

—Volveré a por ti. Te lo prometo.

Entramos en el apartamento palpando las paredes en busca de los interruptores. No ocurrió nada. Antoine abrió un par de postigos para permitir que entrara la luz del sol. Las habitaciones se veían desnudas y polvorientas. Sin muebles, la sala de estar parecía inmensa. Los rayos dorados entraban en diagonal a través de los cristales alargados y mugrientos de la ventana y sembraban de motas de luz la tarima parda.

Miré a mi alrededor, a las estanterías vacías, a los rectángulos más oscuros donde una vez colgaron de las paredes hermosos cuadros, a la chimenea de mármol que me recordaba tantos fuegos invernales mientras Mamé tendía sus manos pálidas y delicadas hacia el calor de las llamas.

Me acerqué a una ventana y me asomé hacia abajo, al patio verde y tranquilo. Me alegraba de que Mamé se hubiera ido antes de ver su apartamento vacío. La habría apenado tanto como a mí.

—Todavía huele a Mamé —dijo Zoë—. «Shalimar».

—Y a esa asquerosa de *Minette* —apostillé levantando la nariz. *Minette* había sido la última mascota de Mamé. Una siamesa con incontinencia.

Antoine me miró sorprendido.

—La gata —le expliqué. Esta vez se lo dije en inglés. Por supuesto sabía que *la chatte* es el femenino de «gato», pero también significa «coño». Lo último que me apetecía era ver a Antoine reírse por un doble sentido de mal gusto.

Antoine evaluó el lugar con ojo profesional.

—El sistema eléctrico es antiguo —comentó al tiempo que señalaba los fusibles de porcelana—. Y la calefacción también.

Los enormes radiadores estaban negros de mugre y escamosos como reptiles.

—Pues espera a ver la cocina y los baños —le dije.

—La bañera tiene patas —comentó Zoë—. Las voy a echar de menos.

Antoine estudió las paredes mientras las golpeaba con los nudillos.

—Supongo que Bertrand y tú querréis reformarlo de arriba abajo —preguntó mirándome.

Me encogí de hombros.

—No sé qué quiere hacer exactamente. Lo de mudarnos aquí fue idea suya. A mí no me entusiasmaba venir, yo quería algo más... práctico. Un piso nuevo.

Antoine sonrió.

—Estará nuevo y reluciente cuando terminemos.

—Puede ser, pero para mí siempre será el apartamento de Mamé.

Aunque Mamé se había trasladado a una residencia nueve meses antes, el apartamento conservaba su impronta. La abuela de mi marido había vivido en él mucho tiempo. Recordé nuestro primer encuentro, dieciséis años atrás. Me impresionaron los cuadros, viejas obras

maestras, y también la chimenea de mármol con fotos de la familia enmarcadas en plata labrada, los muebles elegantes y engañosamente sencillos, la cantidad de libros que se alineaban en las estanterías de la biblioteca, el piano de cola envuelto en lujoso terciopelo rojo. La soleada sala de estar daba a un tranquilo patio interior con un espeso emparrado de hiedra que se extendía hasta el muro de enfrente. Fue precisamente allí donde la vi por primera vez, donde le tendí la mano con cierta torpeza, pues aún no me había acostumbrado a lo que mi hermana Charla llamaba «esos besuqueos franceses».

Nunca se le da la mano a una mujer parisina, ni siquiera cuando la ves por primera vez. Hay que darle dos besos.

Pero yo aún no lo sabía.

El hombre de la gabardina beis volvió a mirar la lista.

—Espera —dijo—. Falta alguien. Un niño.

Leyó el nombre del niño.

A la chica le dio un vuelco el corazón. La madre la miró.

La niña se llevó rápidamente el dedo a los labios, un gesto que los hombres no captaron.

—¿Dónde está el niño? —preguntó el hombre.

La niña dio un paso adelante, retorciéndose las manos.

—Mi hermano no está aquí, monsieur —contestó en un perfecto francés, francés de nativa—. Se marchó a primeros de mes con unos amigos. Al campo.

El hombre del gabán la miró pensativo. Luego le hizo al policía un gesto con la barbilla.

—Registra la casa. Date prisa. Quizás el padre también esté escondido.

El policía recorrió las habitaciones, abriendo puertas sin contemplaciones, mirando debajo de las camas y dentro de los armarios.

Mientras procedía a su ruidoso registro del apartamento, el otro paseaba por la estancia. Cuando se volvió de espaldas, la chica le enseñó rápidamente la llave a la madre. Papá subirá a por él, papá vendrá después, articuló con los labios. La madre

asintió. Vale, parecía decir, ya sé dónde está el niño, pero después frunció el ceño e hizo un gesto como quien gira una llave: ¿dónde le vas a dejar la llave a papá? ¿Cómo sabrá dónde la has puesto? El hombre se volvió de repente y las miró. La madre se quedó helada, y la chica se estremeció de miedo.

Se quedó contemplándolas un rato y después cerró la ventana de golpe.

—Por favor —pidió la madre—, hace mucho calor aquí.

El hombre sonrió. La chica pensó que jamás había visto una sonrisa tan desagradable.

—Se va a quedar cerrada, madame —respondió—. Esta misma mañana, una mujer arrojó a su hijo por la ventana y luego saltó ella. No queremos que vuelva a pasar.

La madre, paralizada de miedo, no dijo nada. La chica miró al hombre con odio, aborreciendo cada centímetro de su cuerpo. Odiaba su cara colorada, su boca húmeda. La mirada fría y muerta de sus ojos. Su pose, con las piernas desparrancadas, su sombrero de fieltro inclinado hacia delante, sus manos gordezuelas enlazadas tras la espalda.

Le detestó con todas sus fuerzas, como si nunca hubiera odiado a nadie más en su vida, incluso más que a Daniel, un chico asqueroso de la escuela que le había susurrado cosas terribles sobre el acento de sus padres.

Escuchó al policía, que seguía con su desmañada búsqueda. No iba a encontrar al niño. El armario estaba muy bien camuflado. El niño se hallaba a salvo. Nunca le encontrarían. Jamás.

El policía volvió. Se encogió de hombros y meneó la cabeza.

—Aquí no hay nadie —dijo.

El hombre del gabán empujó a la madre hacia la puerta. Pidió las llaves del apartamento. Ella se las dio en silencio. Ba-

jaron las escaleras despacio, entorpecidos por las bolsas y bultos que llevaba la madre. La chica pensó a toda prisa cómo podía dejarle la llave a su padre. ¿A quién se la podía dar? ¿A la concierge? ¿Estaría despierta a estas horas?*

Para su sorpresa, la concierge ya estaba despierta y asomada detrás de su puerta. La chica advirtió en su rostro una curiosa expresión de regocijo. ¿A santo de qué viene ese gesto?, pensó la chica. ¿Por qué no las miraba ni a su madre ni a ella, sino sólo a los hombres, como si no quisiera verlas, como si nunca las hubiera visto? Y eso que su madre siempre había sido amable con la concierge. De vez en cuando cuidaba a su bebé, la pequeña Suzanne, que siempre andaba llorando por culpa de los cólicos. Su madre tenía mucha paciencia y le cantaba a Suzanne en su lengua materna todo el rato. A la criatura le encantaba y por fin se dormía.

—¿Sabe dónde están el padre y el hijo? —preguntó el policía, entregándole las llaves del apartamento.

La concierge se encogió de hombros. Seguía sin mirar a la chica ni a la madre. Se guardó las llaves en el bolsillo con un movimiento rápido y codicioso que a la chica no le gustó.

—No —contestó al policía—. No he visto mucho al marido últimamente. Tal vez ha huido a esconderse y se ha llevado al chico. Pueden buscar en las bodegas, o en las habitaciones de servicio que hay en el piso de arriba. Si quieren se las enseño.

Dentro del tabuco, el bebé empezó a quejarse. La concierge volvió la cabeza y miró por encima del hombro.

—No tenemos tiempo —dijo el hombre del gabán—. Hemos de seguir. Si hace falta, volveremos más tarde.

* Portera. [N. del T.]

La concierge cogió al bebé, que estaba llorando, y lo abrazó contra su pecho. Dijo que sabía que había otras familias en el edificio de al lado. Pronunció sus nombres con cara de asco; la chica pensó que lo hacía como si estuviera soltando palabrotas, esas expresiones malsonantes que se supone que no deben decirse en voz alta.

Al fin, Bertrand se guardó el teléfono en el bolsillo y me prestó atención. Me dedicó una de sus irresistibles sonrisas. ¿Por qué tendré un marido tan atractivo?, me pregunté por enésima vez. La primera vez que lo vi, hacía tantos años, esquiando en Courchevel, en los Alpes franceses, tenía un tipo esbelto, adolescente. Ahora, con cuarenta y siete, más robusto, más fuerte, exudaba masculinidad y esa clase tan francesa. Era como el buen vino: envejecía con poder y con gracia, mientras que yo me sentía como si hubiera extraviado mi juventud en algún lugar entre el río Charles y el Sena, y era evidente que no estaba floreciendo en la madurez. Si bien las canas y las arrugas parecían resaltar la belleza de Bertrand, estaba convencida de que mermaban la mía.

—¿Y bien? —dijo, abarcándome el culo con una mano indiferente y posesiva, sin importarle que su socio y nuestra hija nos estuvieran mirando—. ¿Qué, a que es genial?

—Sí, genial —retrucó Zoë—. Antoine acaba de decirnos que hay que reformarlo todo. Lo que significa que probablemente tardaremos otro año en mudarnos.

Bertrand se rió. Era una risa asombrosamente contagiosa, un híbrido entre el sonido de una hiena y el de

un saxofón. Ése era el problema con mi marido: su encanto embriagador. Y a él le encantaba ponerlo a máxima potencia. Me pregunté de quién lo habría heredado. ¿De sus padres, Colette y Edouard? Eran extremadamente inteligentes, refinados y eruditos, pero no encantadores. ¿De sus hermanas, Cécile y Laure? Bien educadas, brillantes, de modales exquisitos, pero sólo se reían cuando creían que tenían que hacerlo. Supongo que debía de haberlo heredado de Mamé, la rebelde y batalladora Mamé.

—Antoine es un pesimista —se rió Bertrand—. Nos instalaremos aquí muy pronto. Va a ser mucho trabajo, pero recurriremos a los mejores profesionales.

Lo seguimos por el largo pasillo, haciendo crujir la tarima bajo nuestros pies, y visitamos las habitaciones que daban a la calle.

—Esta pared tiene que desaparecer —dijo Bertrand, señalándola, y Antoine asintió—. Debemos arrimar la cocina. De lo contrario, aquí, *miss* Jarmond dirá que no lo encuentra «práctico».

Pronunció esta palabra en inglés, mientras me hacía un guiño de picardía y dibujaba unas comillas en el aire.

—Es un apartamento bastante amplio —comentó Antoine—. Más bien enorme.

—Oh, sí, pero en los viejos tiempos era bastante más pequeño, muy humilde —informó Bertrand—. Fue una época muy dura para mis abuelos. Mi abuelo no consiguió amasar dinero hasta los sesenta, y entonces compró el apartamento del otro lado del descansillo y los unió.

—Así que, ¿cuando el abuelo era niño vivía en esta parte tan pequeña? —preguntó Zoë.

—Así es —respondió Bertrand—. En esta parte de aquí. Ésta era la habitación de sus padres, y él dormía en esta otra. Era mucho más pequeña.

Antoine golpeó en las paredes, pensativo.

—Sí, ya sé lo que estás cavilando —dijo Bertrand, sonriente—. Quieres unir estas dos habitaciones, ¿verdad?

—¡Exacto! —admitió Antoine.

—No es mala idea, pero va a dar mucho trabajo. Aquí hay un trozo de pared bastante peliagudo. Te lo enseñaré después. Tiene un revestimiento de madera muy grueso, y conducciones por todas partes. No es tan fácil como parece.

Miré el reloj. Las dos y media.

—Me voy a ir —anuncié—. Tengo una reunión con Joshua.

—¿Y qué hacemos con Zoë? —preguntó Bertrand.

Zoë puso los ojos en blanco.

—Puedo coger un autobús de vuelta a Montparnasse.

—¿Y el colegio, qué?

Otra vez los ojos en blanco.

—Papá, hoy es miércoles. No hay colegio los miércoles por la tarde, ¿recuerdas?

Bertrand se rascó la cabeza.

—En mis tiempos era...

—Era los jueves, no había clase los jueves —salmodió Zoë.

—El ridículo sistema educativo francés —suspiré—. Y, para colmo, hay clase los sábados por la mañana.

Antoine coincidía conmigo. Sus hijos iban a un colegio privado donde no había clase los sábados por la mañana, pero Bertrand, como sus padres, era acérrimo partidario de la escuela pública francesa. Yo quería llevar a Zoë

a un centro bilingüe, ya que había varios en París, pero el clan Tézac no lo habría permitido. Zoë era francesa, nacida en Francia. Tenía que estudiar en una escuela francesa. En aquel momento iba al *lycée** Montaigne, cerca del Jardín de Luxemburgo. A los Tézac se les olvidaba que Zoë tenía una madre americana. Por suerte, el inglés de Zoë era perfecto. Nunca había hablado otro idioma con ella, y además viajaba con cierta frecuencia a Boston para visitar a mis padres, y pasaba la mayoría de los veranos en Long Island con mi hermana Charla y su familia.

Bertrand se volvió hacia mí. Tenía ese destello en los ojos que me ponía en alerta, el que anunciaba que iba a decir algo muy gracioso, o muy cruel, o ambas cosas a la vez. Era obvio que también Antoine sabía lo que significaba, a juzgar por la docilidad y atención con que se dedicó a estudiar las borlas de sus mocasines de charol.

—Oh, sí, claro, ya sabemos lo que *miss* Jarmond piensa sobre nuestras escuelas, nuestros hospitales, nuestras huelgas interminables, nuestras larguísimas vacaciones, nuestra fontanería, nuestro servicio postal, nuestra televisión, nuestros políticos, nuestras aceras llenas de cagadas de perro —dijo Bertrand, luciendo su perfecta dentadura—. Lo hemos oído tantas, tantas veces, ¿verdad? Me gusta estar en América, todo está limpio en América, ¡todo el mundo recoge la mierda de su perro en América**!

—¡Papá, basta! ¡Eres un grosero! —dijo Zoë, agarrándose de la mano.

* Escuela secundaria pública francesa que prepara a los estudiantes para la universidad. [N. del T.]

** Parodia de la canción *America* del musical *West Side Story*. [N. del T.]

Fuera, la chica vio a un vecino en pijama que se asomaba a la ventana. Era un hombre muy simpático, profesor de música. Tocaba el violín, y a ella le gustaba escucharle. A menudo tocaba para ella y su hermano desde el otro lado del patio. Interpretaba viejas canciones francesas como Sur le pont d'Avignon y À la claire fontaine, y también piezas del país de sus padres, que hacían a éstos bailar alegremente. Las zapatillas de su madre se deslizaban por el entarimado mientras su padre la hacía girar una y otra vez hasta que todos acababan mareados.

—¿Qué están haciendo? ¿Adónde se las llevan? —gritó el vecino.

Su voz resonó en el patio, amortiguando el llanto del bebé. El hombre de la gabardina no respondió.

—No pueden hacer eso —insistió el vecino—. ¡Son gente bonrada! ¡No pueden hacer eso!

Al sonido de su voz empezaron a abrirse postigos, y hubo rostros que observaron por detrás de las cortinas.

Pero la chica se dio cuenta de que nadie se movía, nadie decía nada. Se limitaban a mirar.

La madre se paró en seco, con la espalda encorvada por los sollozos. Los hombres le dieron un empujón para que siguiera andando.

Los vecinos observaban en silencio. Hasta el profesor de música permaneció en un mutismo absoluto.

De pronto, la madre se giró y chilló a pleno pulmón. Gritó el nombre de su marido, tres veces.

Los hombres la sujetaron por los hombros y la sacudieron con fuerza. Se le cayeron las bolsas y los bultos. La chica intentó detenerles, pero la apartaron de un empujón.

Apareció un hombre en la entrada, un hombre flaco, con la ropa arrugada, sin afeitar, los ojos rojos y cansados. Atravesó el patio caminando con la espalda erguida.

Cuando alcanzó a los dos hombres les dijo quién era. Tenía un fuerte acento, como el de la mujer.

—Llévenme con mi familia —dijo.

La chica entrelazó sus dedos con los de su padre.

Estoy a salvo, pensó. Estaba a salvo con su madre y con su padre. Aquello no iba a durar mucho. Se trataba de la policía francesa, no de los alemanes. Nadie iba a hacerles daño.

Pronto estarían de vuelta en casa, y mamá prepararía el desayuno. Y su hermano pequeño podría salir de su escondite. Y papá caminaría calle abajo, hacia el almacén donde trabajaba de capataz y, junto con sus compañeros, fabricaba cinturones, bolsos y billeteras, y todo sería igual. La cosa volvería a ser segura, muy pronto.

En el exterior ya se había hecho de día. La angosta calle estaba desierta. La chica volvió la mirada a su edificio, a los rostros silenciosos de las ventanas, a la concierge, que abrazaba a la pequeña Suzanne.

El profesor de música levantó la mano despacio, en un gesto de despedida.

Ella le devolvió el saludo, sonriente. Todo iba a ir bien. Iba a volver. Todos iban a volver.

Pero el profesor parecía afligido.

Por su rostro corrían lágrimas; lágrimas silenciosas de impotencia y vergüenza que ella no alcanzaba a comprender.

—¿Grosero? A tu madre le encanta —dijo Bertrand riendo entre dientes y guiñándole un ojo a Antoine—. ¿Verdad, mi amor? ¿Verdad, *chérie*?

Empezó a dar vueltas por la sala de estar chasqueando los dedos al ritmo de la canción de *West Side Story*.

Me sentí idiota, estúpida, delante de Antoine. ¿Por qué disfrutaba Bertrand dejándome como la americana despectiva y llena de prejuicios que siempre critica a los franceses? ¿Y por qué yo me quedaba parada y le dejaba seguir con ello? En su momento resultaba divertido. Al principio de nuestro matrimonio era un chiste clásico, una de esas bromas con las que nuestros amigos, tanto americanos como franceses, se desternillaban de risa. Al principio.

Sonreí, como de costumbre. Pero aquel día mi sonrisa debió de parecer un tanto forzada.

—¿Has ido a ver a Mamé últimamente? —pregunté. Bertrand ya estaba ocupado tomando medidas a algo.

—¿Qué?

—Mamé —repetí con paciencia—. Supongo que le gustaría verte. Para hablar del apartamento.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—No tengo tiempo, *amour*. ¿Vas tú?

Una mirada suplicante.

—Bertrand, yo voy todas las semanas, ya lo sabes.

Bertrand suspiró.

—Es tu abuela —le dije.

—Y ella te quiere, *l'Américaine* —dijo con una sonrisa—. Igual que yo, *bébé**.

Se me acercó para darme un suave beso en los labios.

La americana. «Así que tú eres la americana», dijo Mamé, muchos años atrás, en esa misma habitación, estudiándome de arriba abajo con sus ojos grises. *L'Américaine*. Qué americana me hizo sentir aquello, con mi pelo cortado a capas, mis zapatillas de deporte y mi sonrisa saludable. Y qué francesa en su quintaesencia era aquella mujer de setenta años, con su espalda recta, su nariz aristocrática, su moño impecable y su mirada sagaz. Y, sin embargo, Mamé me cayó bien desde el principio. Tenía una risa gutural que te hacía dar un respingo, y un mordaz sentido del humor.

Tiempo después tuve que reconocer que, ese mismo día, me cayó mejor que los padres de Bertrand, que aún me hacen sentir como «la americana» a pesar de llevar veinticinco años viviendo en París, quince casada con su hijo, y de haber traído al mundo a su nieta, Zoë.

Cuando bajábamos, encarada de nuevo con la desagradable imagen del espejo del ascensor, se me ocurrió de pronto que ya había aguantado bastante las puyas de

* Nena. [*N. del T.*]

Bertrand, a las que respondía siempre encogiéndome de hombros de buen humor.

Y ese mismo día, por alguna oscura razón, fue la primera vez en que pensé que ya estaba harta.